

EL ALMA HUMANA Y SU CAMINO ESPIRITUAL

SEGÚN LA ANTROPOLOGÍA TOMISTA Y LA MÍSTICA RENANA

Fray Julián de Cos, O.P.

Tomando como base el concepto de alma de santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) y la espiritualidad de fray Juan Taulero¹ (ca. 1300-1361) vamos a hacer un breve recorrido del desarrollo del alma humana, desde su creación en esta vida terrena hasta su resurrección a la vida eterna. Partimos de este pasaje del Génesis: «...*el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo*»².

LOS SERES VIVOS

A los seres inertes –como el aire, el agua o las rocas– Dios no les dio un alma, de ahí que se llamen «inanimados», es decir, «sin alma». En cambio, a los seres animados les dio el alma que les constituye en seres vivos. Pero a cada tipo de ser vivo le dio su correspondiente tipo de alma.

Así, según el esquema aristotélico³ de santo Tomás⁴, Dios dio a las plantas un alma con *facultades vegetativas*, que las permite alimentarse, respirar, crecer y reproducirse. A los animales les dio un alma que, además de tener facultades vegetativas tiene *facultades sensitivas*, con las que pueden captar lo que ocurre en su entorno (viendo, oyendo, tocando, oliendo y gustando); asimismo, pueden desear o aborrecer (con la voluntad sensitiva) lo que captan sus sentidos y reaccionar instintivamente ante ello, ya sea acercándose o huyendo (con la motricidad); y también pueden generar imágenes en su mente (con la imaginación) y recordar sucesos del pasado (con la memoria).

¹ Fray Juan Taulero y el beato Enrique Susón (ca. 1295-1365) son los principales discípulos del Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327), creador de la mística renana. Un buen libro para conocer dicha corriente espiritual es: Silvia BARA, Julián de COS (eds.), *Dios en ti. Eckhart, Tauler y Susón a través de sus textos*, San Esteban, Salamanca 2017.

² Gn 2,7.

³ Cf. Giovanni REALE, Dario ANTISERI, *Historia del pensamiento filosófico y científico* (3 vols.) Herder, Barcelona 1992², vol. I, pp. 179-182.

⁴ Cf. STh I, 78, 1. Se puede acceder a la *Suma Teológica* en esta web: <https://hjg.com.ar/sumat/>

EL ALMA HUMANA

Pero Dios le dio al ser humano un alma muy especial, tanto es así que, como se afirma en el libro del Génesis, es el único ser al que se la insufló directamente. Así pues, ¿qué tiene de sobresaliente el alma humana?

Apoyándose en Aristóteles⁵, nos dice santo Tomás⁶ que ésta, además de tener las facultades vegetativas y las sensitivas, cuenta con las *facultades intelectivas*, gracias a las cuales tiene *entendimiento*, es decir, la capacidad de concebir ideas, compararlas con otras, juzgarlas, aplicarlas a un determinado ser (mediante la deducción) y extraer de ellas determinadas observaciones (mediante la inducción). Además, dentro de las facultades intelectivas también entra la *voluntad* (que le mueve a desear o aborrecer las ideas), y es bien sabido que san Agustín añade a este grupo de facultades la *memoria* (que le permite recordar las ideas). Decimos esto último porque, como veremos más abajo, Taulero sigue en esto a san Agustín.

Según santo Tomás⁷, las facultades intelectivas hacen que tengamos conciencia, es decir, un *yo consciente*⁸ que nos permite tener conocimiento intelectual de nosotros mismos y de nuestros actos, y de tener *libre albedrío*. Por ello, somos capaces de actuar según lo que intelectivamente elegimos hacer a partir de lo que previamente hemos reflexionado⁹ (no limitándonos a actuar instintivamente según lo que captan nuestros sentidos, acercándonos o huyendo de lo captado, lo cual es propio de nuestras facultades sensitivas). Es decir, gracias al libre albedrío los seres humanos podemos juzgar libremente aquello que aparece en nuestra mente y podemos elegir libremente si lo aceptamos o no. Por ello, los seres humanos somos *pecadores*, pues siendo dueños de nuestra voluntad y de nuestros actos, en ocasiones actuamos en contra de la voluntad divina¹⁰.

Esto implica que, si queremos progresar en el camino espiritual, es importante tener en cuenta que somos imperfectos y pecadores, y hemos de reconocerlo con humildad. En el *Sermón 51*, Taulero dice esto al respecto:

«Pero considera ahora más a fondo tu propia nada. Observa a cuántas miserias está sometida tu naturaleza [humana]. Si te dispones a orar, a estar en vigilia, a debilitar la carne por el ayuno, a llorar [tus pecados],

⁵ Cf. REALE-ANTISERI, o.c., pp. 182-183.

⁶ Cf. STh I, 79.

⁷ Cf. STh I-II, 13, 6.

⁸ Cf. Salvador ANAYA, *¿Qué es el alma?*, Senderos, Sevilla 2021, pp. 13, 73, 88.

⁹ Cf. STh I, 19, 10.

¹⁰ Cf. STh I-II, 74, 5.

¿qué otra cosa experimentas sino lo que san Pablo dijo: “*No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero*”¹¹? ¿Cuán múltiples tentaciones te asaltan a menudo? ¿A qué diversos defectos, interiores y exteriores, estás sometido por voluntad divina? ¿Te parece esto despreciable? ¡Ojalá aprendieras lo *único que te es necesario*¹²! Esos defectos, que Dios permite en ti para tu salvación, te conducen al conocimiento de tu propia nada. Eso te conviene más que abundar en una devoción sensible y estar ocupado en grandes cosas»¹³.

LA UNIDAD CUERPO-ALMA

Según el esquema aristotélico¹⁴ de santo Tomás¹⁵, el alma no es algo que Dios añade a nuestro cuerpo, sino que forma una unidad con él, haciendo que seamos quienes somos, con una dimensión vegetativa, una dimensión sensitiva y una dimensión intelectual. Cuando Dios nos creó, insufló nuestra alma en nosotros formando una unidad con nuestro cuerpo. Así, el alma se encarnó en nuestra persona, se acomodó a ella y desde entonces ha ido evolucionando con el transcurrir de nuestra vida¹⁶.

En dicha evolución ha tenido un papel importante el *pecado original* con el que todos nacemos. Éste, según santo Tomás, «es la privación de la justicia original, por la cual la voluntad estaba sometida a Dios»¹⁷. Es decir, debido al pecado original, todos tendemos a alejarnos de Dios con el fin de hacer nuestra propia voluntad (buscando egoístamente nuestro propio beneficio).

Cuando éramos un bebé recién nacido, todavía no habíamos tenido oportunidad de hacer nada que nos alejase de Dios, de ahí que nuestra única impureza era la del pecado original. Pero a medida que hemos ido creciendo, nuestra alma se ha ido configurando con las decisiones (buenas y malas) que hemos tomado, con los acontecimientos que hemos vivido, con los conocimientos que hemos adquirido y con los sentimientos que vamos desarrollando.

Además, por desgracia, el pecado original nos ha ido empujando a emplear egoístamente los dones que Dios nos ha dado. Y de ese modo hemos

¹¹ Rom 7,19.

¹² Cf. Lc 10,42.

¹³ *Sermón 51*, 5; p. 534-535.

¹⁴ Cf. ANAYA, o.c., pp. 26-27.

¹⁵ Cf. STh I, 75, 4.

¹⁶ Cf. ANAYA, o.c., pp. 86-87.

¹⁷ STh I-II, 82, 3.

ido perdiendo la nobleza con la que Él nos creó. Así lo explica Taulero en su *Sermón 23*:

«[En efecto,] la naturaleza [humana], estando profundamente corrompida, es tan «pegajosa» y, a causa del amor egoísta, está tan inclinada a sí misma, que siempre intenta mezclarse con esos dones [sobrenaturales provenientes de Dios], adueñándose así de lo que no es suyo. De este modo, corrompe y contamina los dones purísimos de Dios e impide su noble obra en el alma. A causa de esta infección, la cual contrajo por el pecado original, la naturaleza [humana] siente una fuerte inclinación hacia sí misma en todas las cosas. Hablando de esta infección, [santo] Tomás de Aquino afirma que el hombre, a causa de ella, se ama más a sí mismo que a Dios, a sus ángeles o a cualquier cosa creada por Él¹⁸. Dios no creó así la naturaleza [humana], sino que ella misma se hizo tal por alejarse de Él y consentir al pecado»¹⁹.

EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Según santo Tomás²⁰, si bien el alma de las plantas y los animales es de naturaleza material, pues realiza actividades materiales, el alma humana es de naturaleza espiritual, pues cuenta con un entendimiento y una voluntad que son de carácter intelectual. Ello le capacita –parcialmente– a conocer y relacionarse con Dios. Dice Taulero –siguiendo la antropología agustiniana– en el *Sermón 1*:

«El alma [humana] posee tres nobilísimas facultades, por las que es verdadera imagen de la santísima Trinidad: memoria, entendimiento y voluntad. Por ellas, el hombre es capaz de asir a Dios y recibir [en la medida de la capacidad humana] todo lo que Dios es, tiene y puede dar. Gracias a ellas, el hombre atisba la eternidad»²¹.

Dicho conocimiento puede realizarse por medio de los sentidos, pues Dios se comunica a través del mundo que nos rodea²². Así lo dice san Pablo: «...lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para

¹⁸ Cf. STh I II, 109, 3; 81, 1.

¹⁹ *Sermón 23*, 5; p. 230.

²⁰ Cf. STh I, 78, 1.

²¹ *Sermón 1*, 3; p. 36. Citamos esta edición de los sermones: Juan TAULERO, *Sermones. El abandono interior y el nacimiento de Dios en el fondo del alma* (Salvador Sandoval y Julián de Cos eds.), Murcia 2022, puede descargarse gratuitamente en <https://www.dominicos.org/estudio/recursos/sermones-de-juan-aulero/>.

²² Cf. STh I, 2.

la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras»²³. Es decir, nuestro intelecto (o inteligencia) puede conocer –imperfectamente– a Dios a partir de lo que nuestros sentidos captan en el mundo físico. Pero santo Tomás²⁴ nos dice que nuestro intelecto también puede conocer –imperfectamente– a Dios por medio de la oración mental, en la cual Dios se comunica con nuestro *yo consciente*. La oración mental por antonomasia es el recogimiento, del que hablaremos más adelante.

LA CHISPA DEL ALMA

La oración mental, sin la intermediación de los sentidos, es posible porque Dios habita en nosotros. En la Primera Carta a los Corintios san Pablo hace esta pregunta: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»²⁵. Pero, ¿dónde está nuestro templo interior? Obviamente no está en ningún lugar físico de nuestro cuerpo, sino en lo más profundo de nuestra alma, en ese lugar espiritual purificado por Dios, en el que no hay caretas ni impurezas. Es ahí donde Dios ha establecido su morada en nuestra persona. De ello habla Taulero en su *Sermón 53*:

«De esa nobleza del alma han escrito abundantemente muchos doctores, tanto antiguos como modernos. [Concretamente, el Maestro san] Alberto Magno, el Maestro Dietrich y el Maestro Eckhart, al hablar de ella, le aplican nombres diversos. Uno [el Maestro Eckhart] la llama “chispa del alma”; otro, “centro del ser”; y el Maestro Alberto, “imagen de la santísima Trinidad”. Esta chispa, si está bien dispuesta, alcanza tal elevación que la inteligencia no puede seguirla. Pues no descansa hasta que regresa al Fondo de la Divinidad, de donde ha salido y donde existía antes de ser creada. Y no ha de ponerse en duda que estos doctores entendieron con su vida [experimentándolo] y con su inteligencia [estudiándolo] aquello de lo que escribían, de tal forma que lo tomaron de [la contemplación interior de] la más pura verdad, de [estudiar a] destacadísimos doctores de la santa Iglesia y de [leer la vida y los escritos de] grandes santos que hablaron de ello. [...] [Ciertamente,] la reflexión y meditación de esta chispa estimula a hombres santos y buenos, inflamados en amor a [Dios en] la eterna bienaventuranza, a recogerse vivamente y a abismarse en esta nobilísima parte del alma, que tiene su Origen en Dios mismo»²⁶.

²³ Rom 1,20.

²⁴ Cf. STh II-II, 83, 1 y 12.

²⁵ 1Cor 3,16; cf. 6,19.

²⁶ *Sermón 53*, 2; pp. 552-553.

En efecto, si queremos relacionarnos con Dios interiormente, cuanto más descendamos con nuestro *yo consciente* a la chispa de nuestra alma, más cerca estaremos de Él. A ese descenso Taulero lo llama «abismamiento», pues hay un abismo entre nosotros y Dios.

EL ABANDONO EN MANOS DE DIOS

Pero para realizar dicho abismamiento hemos de ir dejando atrás todo lo que nos separa de Dios, para así llegar a Él tal cual somos. Esto requiere de «desasimiento»²⁷, es decir, de ir soltando y abandonando todo aquello que corrompe nuestra alma y todas nuestras falsas seguridades y, asimismo, de quitarnos la careta con la que la cubrimos cuando nos relacionamos con otras personas y con Dios. Y para ello es necesaria la humildad, es decir, reconocer verazmente nuestras propias limitaciones y no taparlas, disimularlas o negarlas. Este es un proceso de maduración interior que nos exige un gran esfuerzo ascético, pero también una gran pasividad mística, pues debemos dejarnos ayudar por Dios.

Fray Juan Taulero no emplea el término «desasimiento» sino que, en lugar de ello, habla del «abandono». En el *Sermón 54*, comentando las cinco llagas de Cristo, dice:

«De estas cinco llagas debemos aprender cinco lecciones que nos facilitarán entrar de inmediato [en la Heredad eterna]. Estas lecciones son: huir, sufrir, callar, despreciarse y negarse a sí mismo con verdadero abandono.

En primer lugar, sumérgete en la llaga del pie izquierdo, y saca de ella la gracia y la fuerza para *huir de todo placer* y deleite fuera de Dios.

En segundo lugar, recógete con todas tus fuerzas en la llaga del pie derecho, y en ella aprende a *sufrir todo lo que te suceda*, venga de donde venga, sea de dentro o de fuera.

En tercer lugar, de la llaga de la mano derecha extrae y obtén la gracia del *silencio interior y exterior*. Si alcanzas esta virtud del silencio, la de callar a todo, nada podrá perturbarte, nada será para ti un obstáculo.

En cuarto lugar, de la herida de la mano izquierda absorbe y pide la virtud del *desprecio de todos los bienes* temporales, exteriores e interiores, de todo lo que ocurre o se presenta a tu espíritu. Es importante, y muy útil, que no te inquietes por aquello que no amas ni buscas, aunque deje impresión en tu espíritu. Deja que desaparezca y se vaya tal como ha venido.

²⁷ Es un término empleado por el Maestro Eckhart.

En quinto lugar, recógete todo en el amoroso y dulce Corazón, en el afectuoso lecho conyugal del Esposo, que Él abre a todos los que le ofrecen sus corazones, para estrecharlos allí en los nobles brazos de su Amor y gocen de su presencia eternamente. Aprende a *negarte a ti mismo* en todas las formas posibles, en la prosperidad y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en el tiempo y en la eternidad, como Dios disponga y agrade a su divino Corazón, tanto en ti mismo como en todas las criaturas. Deja que todo muera y desaparezca. Tú ocúpate en complacer solo a Dios.

Queridos hijos, con estas y otras santas devociones debéis cultivar esta amorosa heredad. Y si os ejercitáis en ella, entraréis por estas puertas segurísimas en la Heredad eterna»²⁸.

EL RECOGIMIENTO INTERIOR

Así es, a medida que nos vamos abandonando en Dios, nos vamos recogiendo interiormente, abismándonos amorosamente hasta lo más hondo de nuestra alma, para allí morar junto a Dios, «cerrando la puerta»²⁹ a todo lo que nuestras facultades sensitivas nos puedan comunicar, y enfocando nuestra memoria, nuestro entendimiento y nuestra voluntad totalmente en Él. Dicho de otro modo, cuando nuestro *yo consciente* logra –con ayuda de la gracia divina– abismarse hasta la «chispa del alma», es preciso que nos centremos en Dios, acordándonos sólo de Él, pensando sólo en Él y amándole sólo a Él. Entonces experimentaremos que estamos en sus brazos, unidos a Él, sumergidos en su Amor.

En tal situación, podemos sentir cómo Dios nos regala una paz y una tranquilidad inmensas. Y descubrimos que no hay mayor felicidad en este mundo. Taulero nos habla de los tres efectos que experimentan las personas que alcanzan el recogimiento:

«Esto es lo primero que les ocurre: son despojados de palabras y obras.

Lo segundo es que el hombre se abisma de tal modo en su nada insondable y se vuelve tan pequeño, tan nada, que renuncia totalmente a todos los dones que alguna vez ha recibido de Dios y los devuelve tan puramente a Él –a quien verdaderamente pertenecen– como si nunca los hubiese poseído. Además de todo esto, se hace tan nada y tan desnudo [de todo] como si no fuese nada y como si nada hubiera tenido nunca.

²⁸ *Sermón 54*, 9-11; pp. 570-571.

²⁹ Cf. Mt 6,6: «Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará».

De este modo la nada creada se sumerge en la Nada increada, realidad incomprensible para el intelecto e inexpressable en palabras. Aquí se cumple lo que se dice en el salmo: “*El Abismo llama al abismo*”³⁰. El Abismo increado llama al abismo creado y ambos abismos se hacen uno solo, donde el espíritu [del hombre] se pierde en el Espíritu de Dios, sumergido en el mar sin fondo de la Divinidad.

El estado de felicidad que alcanza quien experimenta esto es inconcebible para el intelecto. El hombre se hace entonces totalmente esencial y común, virtuoso, piadoso y divino, dulce y amable en su carácter, familiar y abierto a todos. En él no puede notarse ningún vicio, ningún defecto. Es leal a todos, misericordioso; no es severo ni intransigente, sino clemente y bondadoso. Por eso, es imposible que pueda ser separado del Señor»³¹.

LA MADURACIÓN ESPIRITUAL

Podemos abismarnos temporalmente durante la oración y después volver a la «normalidad», colocándonos de nuevo la careta, o podemos permanecer siempre así: sin careta. Pero para lograrlo hay que recorrer un largo y duro camino de maduración espiritual que concluye en la «perfección», es decir, en la perfecta humildad, que nos permite vivir continuamente unidos a Dios. Este proceso pasa por tres etapas (principiantes, avanzados y perfectos) que expuso Orígenes de Alejandría (ca. 185-254) y que Taulero resume así en su *Sermón 7*:

«Un primer grupo lo forman los *principiantes*, que [...] [realizan] trabajos exteriores y ejercicios sensibles, guiándose según su propio criterio. Les basta con hacer grandes obras de penitencia, ayunar mucho, hacer prolongadas vigiliass y oraciones, sin prestar atención alguna al fondo de su corazón. [...]

Un segundo grupo [...] son los *avanzados*. Estos, como ya han despreciado los placeres sensuales y han vencido, con la ayuda de Dios, grandes defectos, han ascendido a un grado más alto. Sin embargo, les gusta darse a la meditación discursiva [es decir, a la meditación intelectual o racional], y en ella se encuentran tan a gusto que no se preocupan de progresar más ni de llegar a la suprema Verdad. [...]

El último grupo lo forman los *perfectos*, hombres excelentes y nobles [...]. Nada buscan por interés personal, sino puramente a Dios solo en sí mismo. No les interesan ni el placer ni las ventajas ni ninguna otra

³⁰ Sal 42,8.

³¹ *Sermón 41,7*; pp. 435-436.

cosa que puedan obtener de Dios, sino que, abismándose simplemente en la intimidad de Dios, no quieren sino alabarlo y honrarlo, guiados por este único deseo: que su amorosa voluntad se cumpla en ellos y, a través de ellos, en todas las criaturas. Por la voluntad de Dios lo aceptan todo y se desprenden de todo; todo lo reciben de la mano del Señor; cualquier don procedente de Él, a Él lo atribuyen siempre con simplicidad, sin apropiarse jamás de ninguno. Como los ríos salen del mar y a él vuelven como a su origen³², así estos hombres nobles refieren todos los carismas y dones al Origen del que han fluido, y junto con ellos refluyen a Dios»³³.

En todo este proceso de maduración interior, además de esforzarnos –ascéticamente–, poniendo todo de nuestra parte, es imprescindible que nos dejemos ayudar –místicamente– por la gracia divina, lo cual es lo más duro del proceso, pues Dios nos purifica haciendo que pasemos por una crisis, y toda crisis provoca sufrimiento. Es el camino de la cruz: una senda de purificación que nos conduce a la perfección. Observemos qué nos dice Taulero en su *Sermón 6*:

«Así pues, todo el que se somete con humilde abandono, bajo esta carga y bajo todos los juicios y decretos de Dios, se entrega a la voluntad divina con esperanza perseverante, en la escasez y en la abundancia, y recibe todas las cosas de la mano del Todopoderoso, y a Él las vuelve a ofrecer, permaneciendo en un verdadero recogimiento interior, abismándose en la eterna voluntad de Dios con una perfecta renuncia a sí mismo y a todas las criaturas. Todo el que hace esto, decía, y persevera en ese estado, experimenta realmente cuán ligera es la carga del Señor. Es más, si se le impusieran todas las cargas de todos los hombres –si es que ello fuera posible–, le serían ligeras a tal extremo, que le proporcionarían un deleite y un gozo muy abundante y verdadero, y, en cierto modo, se le mostraría el Cielo. Pues Dios mismo llevaría estas cargas y el hombre marcharía liberado de ellas. Ya que, cuando el hombre ha salido perfectamente de sí mismo, Dios entra todo en él y, dentro de él, guía y perfecciona todo lo que él hace o deja de hacer»³⁴.

LAS PERSONAS CONTEMPLATIVAS

³² Cf. Eccl 1,7.

³³ *Sermón 7*, 3; pp. 76-77.

³⁴ *Sermón 6*, 9; p. 74.

Hay mujeres y varones a los que Dios llama a estar junto a Él, contemplándole, a ejemplo de María en Betania³⁵. Según santo Tomás, los contemplativos se sienten movidos a alcanzar un íntimo conocimiento de la Verdad divina, movidos por su amor a Dios³⁶. Es decir, la contemplación es para ellos un conocimiento experiencial de Dios que da sentido a su vida. Taulero habla así de ellos en el *Sermón 5*:

«Tales personas son verdaderamente iluminadas, pues Dios derrama su Luz en ellas en toda circunstancia, pura y eficazmente, incluso en medio de la más densa oscuridad, donde [Dios] brilla mucho más real y verdaderamente que en la luz resplandeciente. No me canso de repetir cuán amorosas, dulces, sobrenaturales y divinas son, y es que en todas sus acciones nada hacen sin Dios. En cierto sentido, si se me permite hablar así, ellas son nada, pero Dios es su ser. Por tanto, son absolutamente amorosas, soportan sobre sus hombros el peso del mundo entero y son las nobles columnas de la santa Iglesia. Sin lugar a dudas, es una inmensa felicidad, un gozo incomparable, haber llegado a este grado»³⁷.

Fray Juan Taulero sabe bien de lo que habla por propia experiencia y por su trato con las monjas contemplativas dominicas, a quienes predicó este sermón y los otros 83 que de él se conservan³⁸, pues ellas se ocuparon de copiarlos y difundirlos.

LA VIDA ETERNA

Cuando, hablando de nuestro camino de maduración espiritual, hacemos referencia a la «perfecta» humildad o a la «perfecta» purificación, no lo hacemos en sentido absoluto, sino contando con las limitaciones propias de nuestra condición terrena. Porque la perfección absoluta sólo la alcanzaremos, por gracia divina, en la vida eterna, cuando nuestra alma completamente purificada (unida a nuestro cuerpo resucitado) pase a formar parte de la corte celestial, y allí disfrute plena y eternamente de la presencia de Dios.

Según santo Tomás³⁹ esto es posible porque, si bien el alma de las plantas y los animales muere junto a su cuerpo, el alma humana no, pues,

³⁵ Cf. Lc 10,38-42.

³⁶ Cf. STh II-II 179, 2; 180, 1.

³⁷ *Sermón 5*, 5; p. 66.

³⁸ Ver nota 20.

³⁹ Cf. STh I, 75, 2-3.

como ya hemos dicho, es de naturaleza espiritual y, por tanto, subsiste tras la muerte del cuerpo⁴⁰. Y con ella perviven nuestro entendimiento y nuestra voluntad (y nuestra memoria, según san Agustín).

En conclusión, es preciso que seamos conscientes del regalo que nos ha hecho Dios. Nos ha dado un alma inmortal, capaz de comunicarse con Él y de disfrutar ya en esta vida de un anticipo –imperfecto– de la felicidad celestial. Meditemos esto que Taulero dice en su *Sermón 26* acerca de la persona que ha alcanzado la perfección espiritual:

«Por eso, aunque todas las penalidades, pasiones y fatigas de este mundo cayeran a una sobre un hombre como este, él las tendría todas por nada, y ninguna sería un obstáculo para él, pues se gloria en las aflicciones y las adversidades, sean cuales fueren. [Pues] estas no solo no le entristecen, sino que incluso lo colman de alegría. En todas las cosas goza del Reino de los Cielos, donde tiene puestos su corazón y su morada. Solo le falta introducir el pie que aún tiene en este mundo en la vida eterna, a la que después de esta vida [terrena] será conducido sin obstáculos de ninguna clase. Mientras que aquí empieza a gustarla felizmente, en el mundo futuro la gozará eternamente»⁴¹.

⁴⁰ Cf. ANAYA, o.c., 75.

⁴¹ *Sermón 26*, 9; pp. 265-266.